

# CARLOS V Y SUS HISTORIADORES

*Ricardo García Cárcel*

La historia penaliza al personaje histórico glosado en su tiempo por los coetáneos, pero a veces, a la inversa, también redime del juicio negativo. En el caso de Carlos V tengo la impresión que más bien redime. La patética imagen del amargado Carlos V de Yuste obedece, entre otras razones, al desgaste por la opinión muy crítica que sufrió a lo largo de su reinado. La Leyenda negra europea fue muy beligerante contra Carlos V.

Ya la elección imperial de Carlos aparte de los costes económicos generó sin duda una guerra publicitaria entre los candidatos de la que se hace eco de pasada M. Fernández Álvarez:

Mientras los enviados franceses aludían a la herencia espiritual de Juana la Loca, con el peligro que podía reportar, curiosamente los ministros de Margarita de Saboya presentaban a Francisco I como prototipo del rey autoritario, con tendencia al absolutismo y como una clara amenaza a las libertades germánicas.

La guerra con Francia estallaría inmediatamente. La victoria de Carlos V frente a los franceses en Pavía en febrero de 1525 traería consigo toda una corriente de halagos al Emperador pero el subsiguiente tratado de Madrid desencadenaría las primeras críticas francesas conocidas contra Carlos V.

El taller de los hermanos Du Bellay (Jean y Guillaume) como foco generador de todo tipo de folletos descalificadores de Carlos V está más que probado. Guillaume fue apresado, como Francisco I, en Pavía y fue el diplomático de más confianza del rey francés. Escribió una *Histoire du François I* a imitación de las *Décadas* de Tito Livio. Jean fue obispo y cardenal con extraordinarias relaciones en Roma, particularmente con Paulo III.

La trayectoria de la opinión francesa sobre el Emperador está lógicamente vinculada al desarrollo de la guerra en la que primero Francisco I y luego Enrique II, fueron enemigos feroces del Emperador. En la beligerancia de Francia contra el Emperador no hay que olvidar que cuenta decisivamente el Papado. El Saco de Roma fue instrumentalizado convenientemente por Clemente VII y sus intelectuales más o menos orgánicos (Castiglione, Aretino, Guicciardini). Después, en 1545, el papel de Paulo III fue también decisivo en la configuración de la imagen de Carlos V al que se reprochó el asesinato de Pierre Luigi Farnesio, el hijo del Papa y la ofensiva contra la Inquisición en Nápoles se apoya en el sustrato de las difíciles relaciones del Emperador con el Papado. El antiromanismo que transpiran los informes de los representantes de Carlos V en Roma era la contraprestación de la actitud romana hacia el Emperador.

Trento fue una imposición de Carlos V nunca bien aceptada por el Papado. Paulo IV al final del reinado llegó a excomulgar a Carlos V. La deslegitimación pontificia del Imperio fue una sombra que acompañó la biografía política de Carlos y que lastró decisivamente la opinión europea sobre el mismo.

Creemos, pues, que el comienzo de la erosión crítica de la imagen de Carlos vino de la Iglesia católica, mucho más que del propio protestantismo. Los protestantes hasta 1547, por lo menos, no tiraron la toalla en su voluntad de llegar a acuerdos doctrinales y políticos con el Emperador. Los ensayos de terceras vías se constatan, incluso, en el propio desarrollo del Concilio de Trento.

Francisco de Enzinas en su *De Statu Bello Belgico*, escrito hacia 1545 (aunque publicado en 1558), había sido en sus juicios favorable al Emperador, reservando sólo sus opiniones críticas sobre el Emperador en la correspondencia (recuérdese lo que le decía a Bullinger: “No acierto a comprender qué andará tramando esta alma retorcida”) y desde luego proyectando toda su agresividad hacia el clero frailuno. En cambio, en los años finales del reinado la agresividad protestante empieza a emerger. Significativamente, incluso el grupo posterasmista español de Lovaina de 1551-58 que vigiló celosamente fray Baltasar Pérez y que ha estudiado Tellechea, con los Pedro Jiménez, Furió Ceriol, Fox Morcillo, Morillo, Felipe de la Torre... dejó detrás de sí signos de su visión crítica de la monarquía de Carlos V que estudió Maravall. El deslizamiento del luteranismo a través del nicodemismo valdesiano desde sus timideces iniciales a su plena inserción en la cultura oficial que subrayó Firpo me parece un hecho de trascendencia fundamental en la consolidación de la imagen negativa de Carlos V. Y lo cierto es que el victimario de John Foxe en contra de la Inquisición corría ya manuscrito desde 1554, aunque no se imprimió hasta 1563. La gran ofensiva protestante se desarrollaría en cualquier caso ya en el reinado de Felipe II y fue la fama de los autos de fe de Valladolid y Sevilla de 1559 su principal precipitante. La obra de Reginaldo González Montano (1568) es el principal indicador de la crítica protestante. Durante el reinado de Carlos V se pone en evidencia también significativamente la beligerancia autocrítica respecto al carácter español. De ello son buenas muestras los comentarios de Servet a su edición de la *Geografía* de Ptolomeo (1523), que asumía el punto de vista crítico de Munster o la obra de Alejo de Vanegas (1537).

Lo que me parece incuestionable es que el principal fundamento de la leyenda negra contra Carlos V no está tanto en el papel de Francia, del Papa o de los protestantes sino en el propio fracaso o incapacidad de consolidar el discurso legitimador de lo que podríamos llamar la leyenda rosa. Y ello por la propia tibieza y fugacidad del erasmismo como ideología motora del Imperio.

La Junta de Valladolid de 1527 lejos de legitimar el erasmismo, como tantas veces se ha dicho, reflejó más bien la fuerza desatada del antierasmismo que llevó al Inquisidor Manrique a un final en tablas sin que hubiera un pronunciamiento formal. El erasmismo empieza a hundirse en España en 1527 entre otras razones por su incapacidad de asumir una definición política consensuada. Retos como el divorcio de Enrique VIII o el propio Saco de Roma rompieron en posicionamientos diversos la ficción unitaria del erasmismo que nunca fue otra cosa que un grupo de presión con referente intelectual de lujo: Erasmo. Detrás del discurso teórico liberal de Erasmo no había proyecto político alguno y por eso el erasmismo se rompe como un castillo de naipes ante la obligada definición política. Alfonso de Valdés fue el único erasmista dispuesto a comprometerse en la legitimación del saco de Roma. Como antes había defendido el Tratado de Madrid frente a las críticas francesas.

De las críticas al saco de Roma era plenamente consciente el Emperador que refleja bien su propio bochorno en las *Memorias* y el mismo Alfonso de Valdés que pone en boca de un personaje (el Arcediano) todo lo que se le reprocha a Carlos V:

Agora nuestros cristianos (aunque no sé si son dignos de tal nombre) ni han dexado iglesias ni monasterio, ni sagrarios, todo lo han violado, lo han robado y profanado [...] ¿esta era la defensa que esperaba la Sede Apostólica de su defensor? ¿Esta era la honra que España esperaba de su Rey tan poderoso? ¿Esta era la gloria, el bien, el acrecentamiento que esperaba toda la Cristiandad? ¿Para esto juntaron tantos reinos y señoríos debaxo de su señor? ¿Para esto fue elegido emperador?

Los *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma* y el *Diálogo de Mercurio y Carón* plantearon como eje de la justificación de Carlos V que todo “lo que ha acaecido ha seído por manifiesto juicio de Dios para castigar aquella ciudad, donde con grande inominia de la religión cristiana reinaban todos los vicios que la malicia de los hombres podía inventar y con aquel castigo despertar al pueblo cristiano”. El *Lactancio* de Valdés insiste reiteradamente en las culpas del Papa -“¿Dónde halláis vos que Jesucristo instituyó su vicario para que fuese juez entre príncipes seculares, cuánto más executor y revolvedor de guerra entre cristianos? ¿Queréis ver cuán lexos esta de ser Vicario de Cristo un hombre que mueve guerra?”- y exime al Emperador de toda responsabilidad:

En esso debiérades de conocer que fue manifiesto juicio de Dios y no obra humana y que no se hizo por mandato ni voluntad del Emperador pues ni aún los suyos se tuvo respecto [...] El Emperador ser muy de veras christiano y tiene todas sus cosas tan encomendadas y puestas en las manos de Dios que todo lo toma por mejor y de aquí procede que ni en la prosperidad le vemos alegrarse demasiadamente ni en la adversidad entristecerse, de manera que el semblante no se puede juzgar dél cosa ninguna.

Pero la realidad es que, salvo el citado Valdés, los demás erasmistas no estuvieron dispuestos a significarse a favor de los intereses de Carlos V. Luis Vives en *De Europeae Desidiis et Bello Turcico* (1529) se hacía eco de la situación del polvorín italiano y atribuía a Carlos la responsabilidad de poner orden y paz, pero sin inmiscuirse directamente en el contencioso Papa-Emperador. El pacifismo abstracto, ciertamente, era más cómodo. Erasmo, como ha recordado Kohler, nunca apoyó la monarquía universal. Lo cierto es que la leyenda negra sobre el saco de Roma se impuso con retraso (en la época se neutralizó la crítica eficazmente por la vía diplomática) y los juicios de Teixeira en 1599 o de Campanella en 1634 son perfectamente definatorios de la continuidad de la mancha en el expediente de la imagen de Carlos V.

Después de 1527, los intelectuales pro-imperialistas brillan por su ausencia. Constatamos la existencia de algún folleto francés favorable a Carlos V (Omphelius) pero tengo la impresión que falta una intelectualidad beligerante en la defensa de los intereses de Carlos V. Gattinara o Granvela, promotores de la política internacional de Carlos, no parece tuvieron asesores ideológicos. El fantasma de la monarquía universal –tópico acusatorio que Fernando el Católico había esgrimido contra Luis XII de Francia– siguió flotando sin que nadie inventara una alternativa conceptual adecuada más allá de la dialéctica guerra ofensiva-guerra defensiva. El concepto de *Universitas Christiana*, pienso que ha sido un artefacto conceptual más propio de la mente de Menéndez Pidal que de los intelectuales de la España de Carlos V.

La Leyenda negra contra Carlos V obedece, en definitiva, a la propia debilidad de la intelectualidad orgánica oficial del Imperio. Y ello se acusa especialmente al analizar a los cronistas de Carlos V, tanto los oficiales como los no oficiales. La escasa operatividad carolinista de los cronistas oficiales es algo que llama la atención. El milanés Pedro Mártir de Anglería, hombre muy vinculado a Gattinara, fue considerado cronista del rey en 1520, pero murió muy pronto, en 1526. Su *De Orbe Novo* (tres volúmenes, 1511, 1516 y 1520) fue ante todo una historia, la primera, del descubrimiento y conquista de América. El siciliano Bernardo de Gentile fue nombrado cronista del rey en 1523 pero dejó de ejercer sus funciones en 1532 sin ocasión para escribir sobre Carlos V. El siguiente cronista fue el franciscano fray Antonio de Guevara, predicador real desde 1523, cronista desde 1526.

En 1527 editaba Guevara su *Marco Aurelio*; dos años después editaba su libro llamado *Relox de Príncipes* en el cual va incorporado el muy famoso libro de Marco Aurelio. En la tercera parte, Guevara introduce instrucciones muy interesantes respecto al comportamiento que deben tener los monarcas. Éstos no deben vengar personalmente las injurias, ni administrar directamente la justicia. Guevara hace toda una apología de la paz. René Costes se planteó hasta qué punto el *Relox de Príncipes* fue una novela política, escrita en clave y respondió que a su juicio, no. Redondo, sin embargo, se muestra más partidario de sacarle punta política a muchas de las afirmaciones de Guevara. Este historiador ha subrayado las críticas a la Inquisición que se esconden en la embajada de los judíos ante el Emperador Marco Aurelio.

Costes no puede creerse que haya una posible interpretación política literal de la obra de Guevara aplicable a Carlos V. ¿Cómo se entendería la imagen tan penosa que se da de Faustina, la mujer de Marco Aurelio? ¿Cómo podría asumirse que el Emperador le diga a su secretario Panucio que “lo que le da pena no es dejar este mundo sino dejar después de él a un mal hijo por heredero”? Pero su pacifismo militante en plena beligerancia de Carlos V no deja de ser significativo. En el capítulo 16 se escribe:

No te parece suprema locura presumir de sustentar Asia, pues jamás nos viene nueva de una victoria que no sea víspera de otra batalla y para sustentar aquella guerra nos roban a toda Italia. En Asia, se gastan nuestros dineros, en Asia perecen nuestros hijos, en Asia llevan nuestros graneros, en Asia se crían todos los ladrones, de Asia nos vienen todos los bulliciosos, en Asia perecen todos los buenos, de Asia nos envían todos los vicios, finalmente en Asia se gastan todos nuestros tesoros y en Asia matan a todos los excelentes romanos.

Y más adelante escribía:

O mi Cornelio, y tú no has visto como los príncipes más por voluntad que más por necesidad pierden sus tesoros, piden los agenos, no les abastan los suyos, tómanlos de los templos, buscan grandes empréstitos, inventan muchos tributos, dan que dezir a los extraños y enemístanse con los suyos.

Y más adelante: “O príncipes, no sé quien os engaña, en que teniendo necesidad de vosotros, vosotros os ponéis en necesidad de todos”.

El pasaje del Paisano del Danubio contiene una crítica dura de la conquista española de las Indias. Significativamente Vasco de Quiroga en un memorial a Carlos V en julio de 1535 lo cita elogiosamente. Asimismo fue claramente copiado en el auto sacramental

titulado *Las Cortes de la muerte*, comenzado por Miguel de Carvajal y acabado por Luis Hurtado de Toledo y publicado en Toledo en 1557.

Paulo Giovio dedicó al Emperador *Comentarios sobre los turcos* (1532). Carlos V no le llegó a nombrar cronista por ambicioso. La visión que nos dio Giovio de las relaciones del Emperador con la sociedad española fue ciertamente crítica. La misma animosidad la vertió Giovio en sus juicios sobre América que se vio obligado a rebatir Jiménez de Quesada en su *Antijovio*.

Ginés de Sepúlveda fue nombrado cronista en 1536. Su *Historiarum de Rebus Gestis Caroli V* no fue la historia encomiástica que, sin duda, esperaba y deseaba Carlos V. Ciertamente, Sepúlveda compartió la idea de Gattinara sobre el papel providencial de Carlos como monarca de una cristiandad unificada. Pero, sobre todo a partir de los años cuarenta, se constatan signos de no identificación de Sepúlveda con el Emperador. Su obra, en sí misma, tiene aspectos contradictorios.

Baltasar Cuart ha subrayado magistralmente sus curiosas alusiones a las Comunidades con patentes muestras de relativa comprensión hacia los revoltosos. Por lo pronto, Ginés de Sepúlveda reconoce la popularidad de Fernando, el hermano de Carlos; describe las torpezas del propio Carlos manejado por sus consejeros flamencos, lamenta la actitud de desprecio y altanería hacia sus súbditos naturales, demuestra escasas simpatías por la elección imperial... Como dice Cuart:

Aunque Sepúlveda, obviamente, no simpatice con el movimiento comunero, en vano se buscará una condena tajante del mismo por motivos políticos, que son los que considera más importantes. En una sola ocasión habla de *los nuestros* refiriéndose al bando realista, y si exceptuamos al obispo Acuña, para quien no hay una sola línea de comprensión, los protagonistas de uno y otro bando se nos aparecen terriblemente humanizados: actúan por convicciones políticas, de uno u otro signo, por idéntico, aunque opuesto, sentido del deber, por intereses políticos y económicos más o menos egoístas –es buen ejemplo de ello la actuación del condestable en Burgos, en el capítulo 18 del libro tercero– y también por circunstancias personales diversas, aspecto este último sobre el que gusta de extenderse el autor, utilizando a veces el discurso en estilo directo o recurriendo a antecedentes familiares que le dan pie a extensas digresiones, que hacen de unos y otros personajes vivos a quienes, en ocasiones, oímos hablar directamente.

Ginés de Sepúlveda no aporta ningún juicio global condenatorio de las Comunidades: “Así se puso fin a la sublevación de los comuneros de Castilla con excepción de Toledo, donde la sublevación fue más tenaz y prolongada”. Padilla y Bravo mueren con dignidad extraordinaria. Los comuneros, como dice Cuart, en la consideración de Sepúlveda, no fueron tanto rebeldes como súbditos equivocados.

Sepúlveda, por otra parte, que estuvo presente en el Saco de Roma, adopta ante la guerra el mismo criterio pacifista de los erasmistas. Podríamos situarlo en las “corrientes políticas afines”. Su visión del saqueo es la misma que pudieron tener Francisco Delicado o Alfonso de Valdés:

Y así da la impresión que la toma y saqueo de Roma en forma tan inusitada y su vejación con todo tipo de desastres y calamidades propias de la guerra, ocurrió

como por mano de Dios enojado por los pecados y delitos de los hombres, pues a tan terrible saqueo siguió el hambre y continuará también una grave epidemia de peste.

Su carácter difícil le llevó a romper con el Emperador en 1548.

El capellán real Bernabé de Busto dejó notas sobre el conflicto protestante (1545), escritas en castellano, pero no tuvo tiempo para atender al encargo del Emperador.

El sevillano Pedro Mexía fue cronista del rey en 1548. Murió pronto, en 1551, pero ciertamente nos dejó una *Historia del Emperador Carlos*, escrita también en castellano, que abarcaba los doce primeros años del reinado y que constituye la mejor o la única gran apología de Carlos V durante su reinado. Su crítica contra los comuneros es feroz, pero incluso Mexía no puede dejar de mencionar las quejas contra el Emperador: “Quexábanse también de que les parecía que el rey se mostraba tan esquivo y apartado y no era tan fácil y comunicable como quisieran”. El último cronista oficial fue Juan Páez de Castro, que tampoco desarrolló las funciones de su cargo.

Sin duda, las actitudes de los cronistas oficiales incidieron en el hecho de que Carlos V escribiera sus *Memorias*, que comenzó a redactar en 1550, y de las que se perdieron el original francés y sólo se conserva una copia en portugués. En ellas, Carlos buscó ante todo presentarse a sí mismo como gobernante modelo que, a pesar de las múltiples responsabilidades de su cargo imperial, atendía debidamente a cada una de las necesidades de cada uno de sus súbditos. Y al propio tiempo quiso transmitir la imagen de príncipe cristiano que se refleja en sus guerras contra los protestantes y contra los turcos.

Las crónicas oficiales de Carlos V no tuvieron buena fortuna editorial, salvo la obra de Guevara. Su *Marco Aurelio* y el *Relox de Príncipes* fueron *best-sellers* extraordinarios tanto en España como en Europa. La primera edición de *De Rebus Gestis Caroli V* de Ginés de Sepúlveda es de 1780 y la lleva a cabo la Real Academia de la Historia. La *Historia de Carlos V* de Pedro Mexía no se editó íntegra hasta 1918, por parte de J. Deloffre en la *Revue Historique*.

¿Y los cronistas no oficiales? Fueron más halagadores hacia el Emperador los italianos Giovanni Michele Bruto en su *De Rebus a Carolo V Caesare Romanorum Imperatore Gestis* (Amberes, 1555) o Ludovico Dolce en su *Vita dell'Invitissimo e Gloriosissimo Imperador Carlo Quinto* (Venecia, 1561) o Francesco Sansovino en su *Il Simolacro di Carlo Quinto Imperadore* (Venecia, 1567). Son obras que se publican durante el reinado de Felipe II y en imprentas no españolas. En el mismo reinado de Felipe II parece haber un cierto caldo de cultivo para la apología de Carlos V, pero más en el terreno de la literatura que de la historia. Ahí están como testimonio la *Carolea* de Sempere (1560), el *Carlo Famoso* de Luis Zapata (1566) o el *Caballero Determinado, Carlo Victorioso* de Jerónimo de Urrea.

Pero las reticencias de Felipe II hacia la memoria histórica de su padre fueron notables. Y de ello hay múltiples pruebas. Sabemos que hizo lo que pudo para confiscar los ejemplares circulantes de las *Memorias* de Carlos V. No hizo nada por publicar los manuscritos de Mexía y Sepúlveda. En el caso de la obra de Sepúlveda, según Morel-Fatio, sería por sus escasos conocimientos de latín o porque tuviese conocimiento de que allí expresaba Sepúlveda algunas de sus controvertibles ideas en relación a los asuntos de

Indias que Felipe II estimó oportuno no airear. ¿Envidia de Felipe II a su padre? Yo me inclino más por un celo inquisitorial que veía fantasmas en los textos de los cronistas y consideraba todos los halagos insuficientes o insatisfactorios y, desde luego, por la crisis editorial en España de que se ha hecho eco, entre otros, Manuel Peña.

La realidad es que los cronistas españoles no oficiales se vieron sometidos a los mismos problemas editoriales que hemos comentado. Alfonso de Ulloa escribió su *Vita dell'invitissimo e sacratissimo Imperator Carlo V* (primera edición en Venecia, 1566) que tuvo notable éxito editorial en Italia y en Holanda (en 1570 se editó en Amberes en versión holandesa). La obra fue traducida en 1573 en español, pero no llegó a aparecer impresa, según Kagan por la oposición de Felipe II. Los cronistas españoles de mayor trascendencia fueron Alonso de Santa Cruz, Francisco López de Gomara, Gonzalo Fernández de Oviedo, Francesillo de Zúñiga y, naturalmente, Prudencio de Sandoval, que escribió ya su obra durante el reinado de Felipe II. Los tres primeros escribieron sus obras sobre Carlos V en los últimos años de vida del Emperador, después de 1545, en un momento en que es bien visible la incidencia de la confesionalización, tras Trento.

Alonso de Santa Cruz, cosmógrafo de la Casa de Contratación de Sevilla, escribió una *Crónica del Emperador desde 1500 hasta 1550* que terminó en 1551. Su obra está marcada por una concepción castellanocéntrica de España, muy propia de su tiempo, que reflejó bien en su célebre polémica con Zurita. Dentro de una tónica halagadora hacia Carlos V, es curioso que no hace ningún juicio de valor peyorativo respecto a las Comunidades. Incluso escribe: “Todos sospecharon que pues Toledo tomaba la mano, que algún mal había de haber en el reino”. La obra no se editó hasta 1920 que lo hizo la Real Academia de la Historia. Según Kagan no se editó en su tiempo porque Felipe II no apreció los méritos de la descripción física de su padre, una descripción realista pero poco favorecedora.

López de Gomara, cronista de Indias, escribió unos *Anales del Emperador Carlos Quinto*, que no se editaron en su tiempo hasta que lo hizo Merriman en 1912. Gomara se esforzó por glosar a Carlos V consciente de que se le había acusado de ensalzar demasiado en su *Historia General de Indias* a Hernán Cortés, pero de nada le sirvió de cara a la publicación de la obra.

¿Y Gonzalo Fernández de Oviedo? Este cronista de Indias, nombrado como tal por Carlos V en 1532, no escribió directamente una crónica de Carlos V pero dejó múltiples huellas de su imagen del Emperador.

Fernández de Oviedo en sus cartas cruzadas con el Almirante de Castilla, Don Fadrique Enríquez en 1524, deja bien claras sus críticas a la ausencia del Emperador aunque lo hace de manera retórica:

Si el Imperio de nuestro príncipe con su continua presencia y debido honor gozar y perfeccionarse puede, esto es lo que más al decoro y honor de nuestra España conviene [...] Mas la ausencia de otros muchos príncipes haber sido ocasión de turbaciones y desordenes, lo más cierto es según experiencia lo muestra y historia lo afirman.

Más adelante en sus *Quinquagenas* escritas en 1555-56 hace gala de una cierta ironía crítica con una punta de tacitismo prematuro:

Al rey dile tu razón  
 con los ojos abaxados  
 y los hinojos hincados  
 con leal acatamiento,  
 y muéstrate dél contento  
 aunque te deba dineros  
 no vayas contra sus fueros  
 y témele de enojar  
 porque al fin más puede dar  
 que tú aurás merecido  
 no le acuses escondido  
 pues dizen que las paredes  
 escuchan como sabedes  
 sin orejas han oydo.

Y es muy interesante su reflexión respecto al rey:

El rey debe oyr  
 grave con gentil semblante  
 de forma que no espante  
 sino que escuche benino  
 porqué el subdito contino  
 de le más de sus entrañas.

Francesillo de Zúñiga, bufón de Carlos V, compuso en forma de anales una crónica humanística de Carlos V, que comprende los años 1504 a 1527 que refleja una visión ciertamente sarcástica del Emperador que le restó caer pronto en desgracia en 1529 y a acabar siendo asesinado. Su obra la editarían en el siglo XIX Pascual Gayangos y Adolfo de Castro.

La mejor historia de Carlos V es, sin duda, la de Prudencio de Sandoval, cronista oficial de Felipe III desde 1600. La obra titulada *Vida y hechos del Emperador Carlos V* fue editada –esta vez sí– en Valladolid de 1604 a 1606. Sandoval copió todo lo copiable pero compuso una imagen del Emperador que a la postre ha constituido el retrato estándar de Carlos V. Felipe III le recompensó nombrándole obispo de Tuy y de Pamplona. Hubo que esperar medio siglo después de la muerte de Carlos V para ver reflejada una historia oficial de su reinado que se adaptara a las exigencias cortesanas.

¿Por qué, en conclusión, esta tardanza en encontrar una historia apologética de Carlos V satisfactoria para la Corte?

La única explicación que encuentro es la evidencia del peso de la herencia comunera que lastró las miradas sobre el Emperador, no sólo a lo largo de su reinado, sino incluso años después.

Se ha escrito mucho, a mi juicio demasiado, sobre la españolización de Carlos V a lo largo de su reinado. Dejando aparte la necesidad de establecer matices múltiples a esta presunta hispanidad de Carlos V, desearía aquí subrayar que a lo largo del reinado se constata la pervivencia de un pensamiento crítico contra el Emperador que no se diluyó en Villalar. Creo que está por estudiar a fondo lo que llamaríamos la herencia comunera.



Desde mi punto de vista, muchas de las reticencias al programa de la política internacional de Carlos V que manifestó en su correspondencia la Emperatriz Isabel y de las que se hizo eco Jover, son testimonio de la continuidad de un pensamiento que, obviamente no pudo expresarse revolucionariamente después de Villalar pero que impregnó a buena parte de la intelectualidad cortesana española a lo largo del reinado del Emperador. Los famosos siete años de presencia continuada de 1522 a 1529 en España no testimonian, a mi juicio, sino escasos avances en el camino de la españolidad de Carlos V. Se volverá a marchar de 1529 a 1533, de 1535 a 1536, en 1538 y de 1543 hasta el final del reinado. Creo que más que de la españolidad de Carlos V hay que empezar a hablar de la pervivencia de un legado comunero.

Esa herencia comunera, a mi parecer, se refleja en textos como el *Provincial Segundo* de Diego de Acuña que aparte de reflejar las tensiones internas en la nobleza castellana, contienen duras invectivas contra el gobierno de Francisco de los Cobos, el secretario de Carlos V. La situación que describe Ginés de Sepúlveda de las conflictivas Cortes de 1538-39 o de los pasquines de la iglesia de San Pablo de Valladolid el 23 de abril de 1542 es bien significativa de la continuidad del conflicto. Uno de los autores de los pasquines era hijo de D. Pedro Laso, uno de los jefes comuneros en Toledo; el otro era, por cierto, un hijo bastardo de Garcilaso de la Vega.

La impregnación intelectual de algunas, al menos, de las reivindicaciones comuneras me parece evidente y quizás la mejor muestra sea la propia valoración que los cronistas hicieron de las Comunidades. El comunerismo de la infanta Catalina no sería tan descabellado. Constatamos evidentes simpatías hacia los comuneros en las crónicas de Pedro de Alcocer, Juan Carrillo, Juan Maldonado, obras que quedaron en su momento manuscritas y fueron significativamente reeditadas en plena euforia del romanticismo liberal en 1872, 1841 y 1840 respectivamente.

Esas simpatías hacia los comuneros que revelan las crónicas de las Comunidades –en contraste, por cierto, con la imagen que transmitieron de las Germanías las crónicas de esta revuelta– son el reflejo de que la presunta identificación española con Carlos V distó mucho de ser efectiva y de ahí buena parte de las disfunciones que aquí hemos subrayado del Emperador con sus historiadores más próximos en el tiempo. Habrá que esperar al siglo XVII para contemplar las primeras exaltaciones de Carlos V que tienen mucho de evocaciones nostálgicas en plena decadencia. Pero esa ya es otra historia.

Al final del reinado de Felipe II la leyenda negra portuguesa contra Felipe II no hace distinguos entre padre e hijo. Las críticas de José de Teixeira en su *Anatomía de España* contra Felipe II no ahorran descalificaciones de Carlos V. Considera que se hizo coronar y jurar contra la lealtad y derecho de su madre Doña Juana, hija de los Reyes Católicos:

la qual había reinado por espacio de trece años, administrando siempre en paz y justicia la real corona, con satisfacción de todos, divulgando que ella por ser enferma de su propia voluntad le avia dexado el gobierno y aún que por algun tiempo se governava el Reyno en nombre de la Reyna Doña Juana y de su hijo, y que por más cobrir su ambiçion, las Provisiones reales se hablaban por ambos, haziendose lo mismo en los cuños de moneda, y en todos los negocios publicos y generales, poco tiempo despues, fingiendo que su madre era loca (que con razon lo deviera de ser, pues siendo moça, y en edad floreciente se via [*sic*] desposseer de sus estados por su propio hijo y ynhabil para gobernar, tomó el ymperio de todo

sobre si mismo: haziéndola bivar muy recogidamente en la villa de Tordesillas en una fortaleza adonde fue nuestro señor servido llevarla para si, después de aver bivido passados de setenta y cinco años: cuya muerte según algunos, fue sentida mucho en aquellos reynos; que fue en el año 1555, en el mismo que el emperador hizo renunciacion de los estados de Flandes, en su hijo primogénito, el Castellano que agora reyna.

Advierte que Carlos V fue elegido emperador “con su solicitud, promesas y dádivas, venciendo el merecer y bondad de Don Francisco de Francia”, ejerció tiranía en el Imperio, “sacó de los católicos y lutheranos un quento y seiscientos mil ducados” y remacha su visión del Emperador con estas palabras referidas al saco de Roma:

No se contentó Don Carlos con sólo la usurpación contra su madre, contra las leyes de la Naturaleza: ynjurias ofrecidas a su único hermano, contra la humana sociedad: maltratamiento de sus yguales, contra las leyes de hospedaje; ny con quebrantar perfidiosamente su palabra, contra las leyes de Naçiones: empero queriendose hazer semejante a los Gigantes, que según los poetas quisieron sacar Júpiter de su trono, se opuso contra el todopoderoso Dios, y contra su vicario sobre la tierra Clemente septimo, que no ay coraçon tan endurecido que no se derita [*sic*] en pensarlo, y yo mismo me espanto como la tierra no se abrio y lo tragó y la divina justicia no hizo vengança en él, quitando su posteridad de sobre la tierra. [...]

O si mi cabeça se tornasse aguas, y mis ojos fuentes de lagrimas para llorar de dia y de noche el miserable estado de esta tan antigua y santa çiudad; pues veo sus murallas desbaratadas; los magnificos palaçios y casas aruynadas; millones de hombres muertos; número sin cantidad de matronas y donzellas violadas; no enterneciéndoles los bramidos de los tiernos niños, colgando de las tetas de sus madres; los clérigos y sacerdotes muertos y maltratados sin ningún honor; las calles llenas de ynocente sangre; las santas monjas deshonoradas; los hereges y malhechores sueltos de las prisiones; los santos templos destruydos; los sacros altares deribados; las ymágenes de los santos y santas por el suelo quebradas; el sumo Pontífice y los demas Cardenales dentro el Castillo muy estrechamente cercados, por espacio de nueve meses, con mucho trabajo, afliçion, hambre y sed; las muy santas y honorables reliquias, como sisco o estiércol por el suelo sin ningún honor o reverencia; y los bienes y tesoro de la yglesia repartidos por suertes, entre aquella bárbara compañía, como entre los judíos el vestido de Christo.

En cualquier caso, sí es patente que en el siglo xvii con los Austrias menores, se tenderá a evocar nostálgicamente a Carlos V como el punto de partida de una época que ya pasó. Como referente nostálgico lo vemos con frecuencia citado desde poetas como Francisco de Medrano a dramaturgos como Rojas Zorrilla –tituló una de sus obras: *El desafío de Carlos V*–, hasta los propios validos Lerma y Olivares. Ciertamente, a lo largo del siglo xvii florece el pensamiento relativista y escéptico de los tacitistas y arbitristas poco dados a la glosa y la exaltación de nadie, ni mucho menos del que se consideraba punto de partida de un sistema que había conducido a la decadencia que ellos estaban sufriendo.

Pero, pese a todo, la memoria de Carlos V se mantuvo, en líneas generales, favorable al Emperador. Toda la publicística catalana de la revolución de 1640 pese a que proyectó su imaginario más nostálgico hacia Fernando el Católico, supo diferenciar al Carlos V, sensible a la realidad foral, del Felipe II, hostil. Incluso en la publicística del neoforalismo,

un folleto como *Luz de la verdad* establece la confrontación explícita entre Carlos V, querido por los catalanes, y Felipe II, el absolutista.

Será en la segunda mitad del siglo XVII cuando más duras críticas veamos en Europa contra Carlos V. La política exterior belicosa de Luis XIV contra la España de los Austrias hizo resucitar la memoria de los viejos enfrentamientos de los Habsburgo con los Valois. Antoine Varillas fustigaría la política de la Casa de Austria (1688) y la propia educación de Carlos V (1689) y compararía a Francisco I con Carlos V (1685) con voluntad claramente descalificatoria hacia el Emperador. La publicística de la Guerra de Sucesión se dividió en su memoria histórica sobre los Austrias. La borbónica fue discreta porque tenía conciencia de que al fin y al cabo la legitimidad de su candidato Felipe se basaba en el testamento de un Austria, Carlos II. La austracista se volcó en la glosa de la dinastía en especial de Carlos V al que se vinculaba directamente con su candidato el archiduque Carlos.

La Ilustración europea depositó su capacidad de animadversión sobre Felipe II. El tema de Don Carlos y la Inquisición suscitaron la agresividad valorativa de los ilustrados franceses contra Felipe II. Carlos V quedó en un extraño limbo. La historiografía anglosajona también fue mucho más cruel con Felipe II que con Carlos V. La agresividad de Watson hacia el primero nada tiene que ver con el respeto de Robertson hacia Carlos V, que queda al margen de la crítica confesional protestante. Por eso llama la atención la agresividad con la que Campomanes juzgó a Carlos V duramente, no tanto, en cualquier caso, como a Felipe II. Véase lo que dice de Carlos V:

El Emperador, no encontrando ya resistencia [después de la rota de Villalar], impuso los pechos que quiso, y arregló o dispuso las leyes a su modo de pensar, sin que las Cortes sirviesen de otra cosa que de firmar lo que por la corte se les tenía ordenado. La grandeza del Emperador, que tal vez le podría lisonjear de medir algún día su imperio por el de César, no podía contentarse con reinar, como sus antecesores, sujeto a ciertos límites el poder; desdeñó el título de Alteza que había tenido por bastante su abuelo, y se revistió del de Majestad, que sólo se daba entonces a Dios; hízose absolutamente independiente del reino, y quedó derogado en la sustancia aquel derecho que los pueblos tenían a examinar por sus diputados juntos en Cortes los grandes asuntos de Estado [...] La hacienda de España se gastó sin intervención de los españoles, y al paso que se aumentaron Estados y se cantaron victorias, se aumentaron gastos y se lloraron escaseces. Vendiéronse alcabalas, tercias, jurisdicciones y muchísimos bienes de ls Ordenes militares y monacales, pero nada alcanzaba a cubrir los indecibles gastos de la guerra. Las inmensas riquezas [...] dieron ánimo al rey Carlos para emprender más cosas que las que bien se pudieran concluir y ni aún mantener, como él mismo lo confiesa en las instrucciones que dio a su hijo Felipe, como el más sazonado fruto de su larga experiencia.

La posición de Campomanes conectaba plenamente con los textos que en la primera mitad del siglo XVIII añoraban Villalar y denostaban a Carlos V. Recuérdese, en este sentido, la obra de Juan Amor de Soria, estudiada por Lluch.

El romanticismo resucitará el interés por el Emperador. Ahí están como testimonio las biografías de Pichot (1854), Dumesnil (1856), Marchel (1856), Murray (1867), Cat (1883), pero sobre todo los trabajos de Mignet (1860) o Michelet (1880), que darán una imagen negativa de Carlos V replanteando un tema muy grato a los franceses: la contrastación

entre Carlos V y Francisco I. El romanticismo liberal español será mucho más crítico con Carlos V que el europeo. Las Comunidades y las Germanías serán idolatradas por los Quintana, Martínez de la Rosa, Ferrer del Río, Furió, Fernández Herrero..., que harán a Carlos V representante de la tiranía y el despotismo.

El positivismo documentalista pondrá las cosas en su sitio. Las obras de Nameche (1889), Baumgarten (1885-92), Prescott (1897), Armstrong (1902), Haebler (1907), Gossart (1910) Hauser (1912), jalonadas por los estudios de Gachard y Juste sobre la abdicación de Bruselas serán paralelas a una nueva historiografía hispánica ansiosa de recuperación documental (la labor inmensa del CODOIN o del *Memorial Histórico* de la Real Academia de la Historia no conviene olvidarla) y que aportará nuevas luces sobre Carlos V (especial mención merecen Rodríguez Villa, Julián Paz, Francisco de la Iglesia, Foronda y Aguilar, Danvila y Collado, Díaz Jiménez, Cánovas del Castillo o los catalanes Bofarull y Carreras Candi.

El canovismo historiográfico sólo reconocerá como debilidad inherente de la monarquía de Carlos V, como de todos los Austrias, la fragilidad constitucional por los múltiples privilegios forales y el taifismo consiguiente. Menéndez Pelayo, por su parte, reflejará la crítica desde el punto de vista ideológico. La gran debilidad de Carlos V se debería a la mixtificación cultural de ideas europeas que rompían las esencias tradicionales hispánicas.

La historiografía del franquismo, desde el aislamiento y el subdesarrollo, sublimará a Carlos V al mismo tiempo que se evocará épicamente al Imperio. La gran obsesión de esta historiografía será reivindicar la españolidad de Carlos V. Menéndez Pidal arremeterá contra Brandi para demostrar la tradición hispánica de la idea imperial de Carlos V que se “convertiría” a la españolidad tras la “lección” dada por los comuneros.

En los años sesenta y setenta se produce un viraje revisionista de esta historiografía imperial. Se producen los grandes debates valorativos sobre Carlos V centrados en el concepto de la *modernidad* (¿a quién atribuir la modernidad a Carlos V o a los comuneros?) que supuso la reinterpretación de las Comunidades por Maravall –frente a Marañón y la historiografía de la Restauración– como primera revolución moderna y en el concepto de *progreso* (¿fue Erasmo el centro emisor del progresismo europeo o no tiene por qué identificarse *todo* el progresismo con Erasmo?) que supuso el reconocimiento de la necesidad de relativizar el erasmismo hipertrofiado por Bataillon y la evidencia de unas corrientes espirituales afines con la patente progresista, como quería E. Asensio. Pero sobre todo en estos años, se lleva a cabo una operación fundamental: barrer por debajo de las alfombras imperiales. Y siguiendo, en este sentido, los pasos de Carande, un avanzado de su época, se constataron los problemas financieros que reflejaban una total alienación de la idea imperial a los banqueros, se subrayó la trascendencia de una oposición a lo largo de todo el reinado, se denunciaron las miserias sociales que habían sido cubiertas por la retórica imperial. La labor en este sentido de J. A. Maravall, J. M. Jover, A. Domínguez Ortiz, M. Fernández Álvarez, F. Ruiz Martín... ha sido inconmensurable.

Curiosamente, la opinión sobre Carlos V ha sido, en buena parte, restablecida por la historiografía extranjera particularmente en los últimos años (franceses como Pérez, Bennassar, Vincent; anglosajones como Parker, Elliott, Kagan, Kamen, Lynch y tantos otros; austríacos como Kohler o Edelmayer...). La reivindicación de la estrategia frente a la ideología, la contextualización de los problemas en el marco de coordenadas mucho más amplias... han contribuido sin duda a suavizar las críticas al perfil político del Emperador,

hoy glosado por Fernández Álvarez como el gran promotor de la idea europea. La fijación por la españolidad de Carlos V parece haberse sustituido por la de la presunta europeidad de Carlos V, lo que en los tiempos que vivimos resulta extraordinariamente bien apoyado por los media.